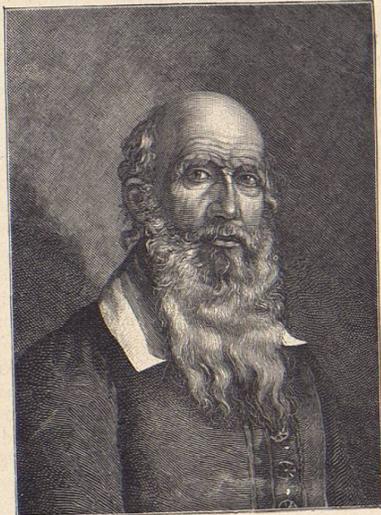


la Francia, que una aliada y un baluarte del Austria, como debería haberlo sido con una política mas acertada por parte de Metternich. Esta política por otro lado aumentó considerablemente el antagonismo entre la Rusia y el Austria, hasta que los sucesos en el Mediodía de Europa volvieron á apro-



Federico Luis Jahn.
Copia de una litografía hecha por Engelbach en 1846

ximar ambos Estados para obrar de comun acuerdo. Entonces tambien nació en Viena por primera vez la idea de trasladar el centro de gravedad del Austria, de Viena á Pest (Ofen), capital de Hungría, y de la consiguiente salida del Austria de la confederacion germánica.

CAPITULO II

FERMENTACION POLITICA Y SUBLEVACIONES EN EL MEDIODIA DE EUROPA

La península ibérica

En el extremo sudoeste de Europa, en la península ibérica, habia encontrado Napoleon el primer pueblo que se alzó indignado á sacudir, como sacudió, el yugo extranjero; y de allí mismo salió, en la época de que tratamos, la iniciativa de una série de conmociones revolucionarias de grandísima trascendencia.

El estado interior de España se habia hecho de día en día mas triste, sobre todo desde la prematura muerte de la segunda esposa de Fernando VII, la reina Isabel, ocurrida en 1818. El apresuramiento indecoroso con que el rey procedió á sus terceras nupcias, esta vez con una princesa alemana, Josefa, hija del príncipe Maximiliano de Sajonia, contribuyó á desbaratar completamente la administracion. En todas partes reinaban sin temor el fraude y el robo, esquilmando este hermoso país y dejándolo completamente arruinado y empobrecido. El pueblo, en su embrutecimiento, efecto de la educacion, confiada á un clero ignorante y egoista, tenia que soportar todas las tiranías y vejámenes de sus gobernantes, sin poder jamás elevarse á una idea salvadora ni menos concertarse para su realizacion. En esta situa-

cion no quedó mas recurso á la exígua minoría liberal é inteligente que valerse de la conspiracion; en lo cual no hacia mas que imitar al rey, á la corte y á todo el partido absolutista, todos los cuales conspiraban. El gobierno indigno de las camarillas llevó continuamente nuevos adeptos á las sociedades secretas, hasta de las clases mas elevadas de la administracion y de la milicia. La reunion en Cádiz de un ejército destinado á América implicó la concentracion tambien de muchos elementos descontentos que existian en el ejército y que ya lo habian dispuesto todo para un levantamiento cuando la traicion del general conde del Abisbal lo desbarató. Sin embargo, solo por el momento quedó frustrado el plan, porque despues bajo la direccion del comandante Quiroga, formóse pronto otra conspiracion con la cooperacion de agentes americanos. El primer día del año 1820 pronúnciose con su batallon del regimiento Asturias el coronel Rafael del Riego, genio ardiente pero de ideas confusas, poco instruido y vanidoso hasta un extremo increíble. Riego proclamó la Constitucion del año 1812, y al propio tiempo se sublevó en su favor el comandante Quiroga en la isla de Leon, pero el plan de apoderarse por sorpresa de la plaza de Cádiz salió mal, y este descalabro desanimó á los sublevados. Riego recorrió con gran arrojo la Andalucía sin conseguir tampoco resultado alguno. La inaccion é impotencia del gobierno animó, sin embargo, á las sociedades secretas, cuyos miembros imitaron el ejemplo de Quiroga y Riego; Espinosa se pronúnció en la Coruña, y otros jefes en el Ferrol y en Vigo, sin encontrar resistencia seria en ninguna parte. Al ver el buen éxito de la revolucion pronúnciose á favor de ella el traidor Abisbal á la cabeza de las tropas que tenia orden de conducir á Cádiz. En Zaragoza proclamóse tambien la constitucion del año 12, y Mina, el héroe de la guerra de la independencia, acudió de Francia y se puso á la cabeza de la junta revolucionaria y de gobierno de Pamplona. Entonces decayó el ánimo del rey y de sus consejeros clericales, y cuando vieron que todos los subterfugios é hipocresías eran inútiles, firmó Fernando VII, espantado, en la noche del 8 de marzo, la promesa de jurar la Constitucion del año 12. El pueblo de Madrid mostró su regocijo, pero como en todo el día siguiente nada se hizo para cumplir la promesa, amotinóse y lo consiguió á la fuerza, junto con la reinstalacion del ayuntamiento, el nombramiento de una junta provisional hasta la reunion de las cortes, la abolicion de la inquisicion y el juramento del ejército á la constitucion. Turbó la alegría de los vencedores una noticia de Cádiz, donde las tropas, por una causa desconocida, habian hecho una descarga contra el pueblo inerme mientras los enviados de Quiroga negociaban con el comandante Freire. Para acallar la indignacion general el rey tuvo que despedir á tres ministros y poner en su lugar otros tantos liberales: Argüelles, el padre de la constitucion del año 1812, y el exaltado Herreros, hombres ambos á quienes la revolucion victoriosa habia sacado con otros liberales de los presidios de Africa. Quiroga y Riego fueron ascendidos á generales de los ejércitos.

No habia dado la victoria á la insignificante minoría liberal, la voluntad impetuosa de toda la nacion sino la cobardía del rey y la impotencia é incapacidad del gobierno. El pueblo quedó espectador indiferente, hasta que por medio de recursos artificiales se consiguió entusiasmarle por la constitucion del año 12, que se le pintó como manantial infalible de bienestar y de felicidad. A causa de la falta absoluta de una clase media liberal, bien organizada y fuerte, pero temporizadora, impusieronse al gobierno los ultra-liberales ó exaltados, que tenian su centro en el café de Lorencini. Su terrorismo y su codicia, doblemente repugnante en la situa-

cion angustiosísima en que se encontraba el tesoro, aumentaron los partidarios del ministerio, animado de las intenciones mas puras y de una honradez acrisolada, haciendo que se alistaran en las filas ministeriales no solamente personas de ideas moderadas sino tambien otras de las mismas filas del partido exaltado, de suerte que el gobierno pudo desplegar mayor energia. Además, esta violenta conducta de los exaltados dió lugar á que la mayoría de las cortes, abiertas el 9 de julio, fuese moderada. El rey volvió á prestar juramento con toda solemnidad y con fingida sinceridad á la constitucion, y los patriotas españoles saludaron entusiasmados la aurora de un porvenir dichoso, con tanta mas razon cuanto que el partido liberal se habia impuesto simultáneamente en Portugal al gobierno.

La postergacion de este reino por la dinastía, que continuaba residiendo en el Brasil, dejando el gobierno de la madre patria en manos de un extranjero brutal, habia herido en lo mas vivo el orgullo nacional del pueblo portugués y habia dado, con esto, lugar á la formacion de un partido liberal que se habia organizado lentamente como el de España por medio de sociedades secretas, sin dejarse imponer ni desconcertar por el rigor draconiano con que lord Beresford castigó una primera tentativa revolucionaria en 1817. Muy al contrario, la conspiracion extendió sus ramificaciones á las clases mas altas de la sociedad y estalló finalmente en el mes de agosto de 1820 en Oporto, donde se pronúnció abiertamente el comandante Sepulveda. Inmediatamente imitaron el ejemplo Lisboa y otras ciudades, y la regencia tuvo que dejar el puesto á una junta provisional, que convocó cortes, por lo pronto, según el sistema fijado por la constitucion española. El pueblo saludó con inmenso júbilo su primera representacion nacional, y esta intimó al rey Juan VI, en Rio-Janeiro, la orden de regresar sin demora á Lisboa, orden que se dió prisa á cumplir el rey, dejando en el Brasil á su hijo mayor don Pedro en calidad de regente. Antes de desembarcar juró, el 27 de junio de 1821, la nueva constitucion, que acababa de ser votada por las cortes, sin escuchar las vivas instancias en contra de su esposa Carlota y de su hijo segundo don Miguel.

En España, cuando el frágil edificio liberal necesitaba todavia el apoyo de todos los buenos patriotas para sostenerse y consolidarse, se dieron prisa los liberales exaltados á zapar sus cimientos. El gobierno y las cortes, que encontraron el tesoro exhausto, sin las rentas de América á causa de la sublevacion de las colonias, con una deuda enorme, de la cual no podian pagarse los intereses, se vieron apremiados por la necesidad á arbitrar recursos extraordinarios; en su consecuencia, abolieron los privilegios de la nobleza, sometiéndola á los impuestos que pagaban los demás ciudadanos, y se apoderaron de los bienes de la Iglesia, ya que léjos de servir para lo que en un principio habian sido destinados, solo fomentaban los vicios y la indolencia del clero, como prueba el ejemplo de la catedral de Sevilla, que mantenía trescientos setenta y cinco eclesiásticos que recibian anualmente dos millones y medio de reales, sin contar el arzobispo que cobraba tres millones, mientras habia cuatro mil parroquias que carecian de cura. La supresion de la Compañía de Jesus y de todas las demás órdenes y conventos, con excepcion de los frailes mendicantes; la limitacion de la jurisdiccion eclesiástica; la prohibicion de poseer una misma persona varios beneficios y de la adquisicion de inmuebles por manos muertas, fueron, apenas votadas, la señal de una lucha encarnizada. El rey se resistió á sancionar esta ley, pretextando escrúpulos de conciencia, pero cambió de parecer y firmó cuando vió la actitud amenazadora del pueblo. Desde entonces redoblaron el rey, la corte y el clero su actividad, sus

intrigas y trabajos de zapa, de tal suerte que el ministerio acosado por todas partes, no tuvo mas remedio que arrojar-se en brazos de los exaltados.

El rey y el clero respiraron porque entrevieron excesos y el fin del interregno constitucional, y meditaron ya sus planes de venganza para el día de la victoria definitiva. Al abrir las cortes, el 1.º de marzo de 1821, sorprendió el rey á la asamblea leyendo, al final del discurso de la corona, unos párrafos exclusivamente suyos quejándose de ultrajes de que decia era objeto por parte de sus ministros, contra los cuales invocaba el auxilio de las cortes. Estas quedaron consternadas ante semejante acto, el ministerio liberal y sabio de Argüelles dimitió, pero en cambio la plebe se presentó cada día mas desenfundada, y viendo tratado con demasiada blandura al cura Vinuesa, sentenciado por conspirador contra la constitucion, penetró en la cárcel y lo mató. La destitucion de Riego de la capitania general de Aragon por inspirar sospechas al gobierno, exasperó á los francmasones y á los comuneros, sociedad secreta mas exaltada todavia, los cuales constataron con diferentes pronunciamientos y trabajaron con afán á favor de su partido en las inmediatas elecciones, proclamando á imitacion de la asamblea constituyente francesa de 1791, que no debia reelegirse á ningun diputado de las cortes anteriores. El resultado fué la victoria completa de los liberales exaltados. El rey y sus consejeros secretos habian logrado su primer objeto, extremar las cosas, pero como la aproximacion de la tempestad revolucionaria hacia temblar á Fernando VII, llamó á su lado al mas hábil y capaz del partido moderado, Martinez de la Rosa, al cual encargó la formacion de un nuevo ministerio que pudiese servirle de escudo. Martinez de la Rosa resistió, pero al fin se dejó persuadir, formó el ministerio y consiguió restablecer el orden y la autoridad del rey, con lo cual este recobró valor. Tambien lo recobró el clero, que no perdió tiempo y echó al campo en muchos lugares partidas armadas que se llamaron defensores de la religion y del trono. En Castilla reunió el cura Merino un ejército de la fe, y en Cataluña los sublevados, auxiliados con armas y dinero de los jefes realistas refugiados en Francia, consiguieron apoderarse de las plazas fuertes de Gerona y la Seo de Urgel. El monje trapense Antonio Maurañon con gran número de curas y frailes á la cabeza de sus respectivas bandas, con el crucifijo en una mano y el sable en la otra, se extendieron por el país, y en todos los conventos encontraron asilo y auxilios, engrosando sus filas con innumerables fanáticos de todas edades armados como podian. Los liberales los recibian á tiros, la sangre corrió en todas partes y por ningun lado habia cuartel.

Los progresos que hacia la contra-revolucion ensoberbecieron al rey, que en su impaciencia quiso dar un golpe de Estado, haciendo que la guardia real se sublevara á su favor en Madrid, pero este golpe, dado en la noche del 7 de julio de 1822 por cuatro batallones de la guardia, que querian apoderarse de la capital por sorpresa, se frustró por la decision de la milicia nacional. Tan grande era todavia, sin embargo, el sentimiento monárquico, que nadie se atrevió á atentar á la persona del rey, vencido y despreciable, el cual no tuvo mas molestia que la de aceptar un ministerio liberal. La sublevacion realista en Cataluña fué vencida por Mina, y la regencia facciosa é interina, residente en la Seo de Urgel y formada por el marqués de Mataflorida, el general baron de Eroles y el arzobispo de Tarragona, se vió obligada á refugiarse en Francia.

Fernando VII, viendo la ineficacia de todos sus esfuerzos para recobrar por sí solo su poder absoluto, volvió á dirigir sus ojos á los Borbones de Francia. Varias veces se habia dirigido ya, secretamente y sin resultado, al rey Luis XVIII

implorando su auxilio, pero esta vez vinieron á favorecerle las circunstancias de la situacion interior de Francia, las de toda la Europa y la disposicion de los soberanos del continente, que empezaban á temer que no oponiendo un dique al fuego revolucionario en España, podría comunicarse el incendio á la vecina Francia, amen de que los sucesos de España eran para ellos una nueva prueba de que todo régimen liberal degeneraba forzosa é infaliblemente en revolucion.

FRANCIA

Ya conocemos el mal efecto que las elecciones parciales para la renovacion de la cámara francesa en 1818 habian producido en el ánimo de los soberanos reunidos en Aquisgran por no haber salido reelegido ningun diputado reaccionario.

El czar, en vista de tan lamentable resultado, instó á su protegido el duque de Richelieu á que se aproximase con su ministerio á la derecha de la cámara y modificara la ley electoral que todos consideraban, por cierto erróneamente, como la causa del descalabro. El ministro francés accedió, renunciando á su deseo de dimitir tan luego como el país quedase evacuado por las tropas extranjeras, pero al querer realizar el cambio de política prometido al emperador, se encontró con obstáculos invencibles hasta de parte de sus colegas. Décazes y Saint-Cyr no querian ser instrumentos de Rusia; despues de largas discusiones trató Richelieu de formar un ministerio mas inclinado á la derecha, y no pudiendo tampoco conseguirlo, dió su dimision el 27 de diciembre de 1818. Contra todo lo que los unos esperaban y los otros temian esta crisis ministerial, la primera de las innumerables que desde entonces la Francia ha presenciado, acabó con una victoria de la izquierda. El alma del nuevo ministerio fué Décazes, y habiendo renunciado á presidirlo, fué nombrado en su lugar el general Dessolles.

El partido liberal respiró, y los primeros actos del nuevo ministerio confirmaron todas las esperanzas; muchos desterrados fueron indultados, una ley liberal de imprenta llenó á todos de júbilo, y la oposicion feroz de la cámara de los pares, que habia pedido una revision de la ley electoral en sentido reaccionario, fué ahogada, con gran disgusto de las potencias extranjeras, por medio de una hornada de sesenta pares nuevos, entre ellos muchos que habian sido eliminados en 1815, como los mariscales Moncey, Mortier, Lefebvre y Suchet. La ira de los ultra-realistas apenas conoció límites, pero en cambio quedó contentísima la clase media, que conservó la preponderancia que le daba la ley electoral del 5 de febrero.

Por primera vez en todo el curso de su larga historia disfrutó la nacion francesa de verdadera libertad. La *Sociedad de amigos de la libertad de imprenta*, á cuya cabeza estaban el duque de Broglie, yerno de la señora de Stael, y Royer-Collard, podia darse por satisfecha, porque libre de toda censura el periodismo desplegó una actividad y adquirió una influencia é importancia que jamás habia conocido. Los independientes Benjamin Constant, Etienne, Jay, Lacroix, Tissot y otros, fundaron en lugar del *Mercur*, suprimido, el periódico *Minerve*, que pronto llegó á ser una verdadera potencia para propagar sus principios políticos. Los otros partidos no se quedaron atrás; el *Journal de Commerce* volvió á tomar su título anterior: *Le Constitutionnel*; la derecha fundó *Le Conservateur*, en el cual, como igualmente en el *Journal des Débats*, publicó Chateaubriand sus ataques mordaces al ministerio. Mas violento y hasta cínico era el lenguaje de los periódicos reaccionarios, *La Quotidienne* y *Le Drapeau blanc*. Al lado de los debates parlamentarios, desarrollóse tambien en la prensa periódica la discusion política eleván-

dose á gran altura y poniendo al alcance del público infinitas cuestiones y materias que hasta entonces habia ignorado completamente. En todas las clases se discutian cuestiones de política, hasta en los salones de las grandes damas distinguidas por su talento, belleza y opulencia.

Paralelamente con esta vida intelectual activa, crecia la actividad mercantil é industrial, y con ella la riqueza nacional y el bienestar general; la renta y los fondos públicos subieron y por primera vez presentó el presupuesto nacional equilibrados los ingresos y los gastos. La proteccion que el ministerio Décazes dispensó á la industria por medio de derechos crecidos y prohibiciones arancelarias aumentó su popularidad en la clase media, mas opulenta y mas instruida, si bien á la vez mas egoísta.

A haber tenido la izquierda prudencia, talento, calma y deseo verdadero de consolidar la libertad, habria apoyado con toda su fuerza á un ministerio que tanto cuadraba á sus intereses y que estaba decidido, segun era notorio, á hacer mucho mas; pero aquella generacion tan entusiasta por la libertad como falta de experiencia para conquistarla y conservarla, no supo encontrar el punto prudente donde detenerse; dejóse arrastrar por la pasion, sin volver sobre sí, y repitió la falta de 1817 aun en mayor escala. Dominada por el deseo oculto de llegar cuanto antes á la república, no quiso detenerse, siquiera como simple punto de parada, en una reconciliacion sincera con el régimen monárquico. Para ser justos, hay que tener presente que el carácter francés, tan sensible tocante á cuestiones de honor nacional, no podia olvidar que Luis XVIII habia sido restablecido en el trono de sus mayores por los vencedores de Waterloo, pasando por encima de millares de cadáveres franceses; que este mismo rey habia permitido que los bárbaros saquearan los museos de la nacion, y que la Francia, despues de veinte años de dictar leyes al mundo, habia quedado reducida bajo el mando borbónico á un humilde papel en frente de las naciones sus anteriores enemigas. La izquierda no quiso dejar cicatrizar estas heridas dolorosas, siempre las desgarró de nuevo, y la verdad es que las necesidades de los Borbones y los excesos y pasiones indomables de los ultra-reaccionarios, las recordaban con ciego y no interrumpido afán. La izquierda, sin embargo, tuvo la mayor parte de la culpa de las interminables vicisitudes y conmociones políticas que han apartado á la Francia durante tanto tiempo del camino de la libertad política verdadera.

Despues de una corta tregua pasó la prensa, libre ya, á atacar con violencia excesiva al gobierno, mientras las elecciones parciales de renovacion, verificadas en otoño de 1819, mostraron cuánto terreno iba ganando la extrema izquierda en la nacion. Entre los diputados salientes, que eran la quinta parte del número total, habia 12 liberales; en cambio, entre los nuevamente elegidos resultaron 35, y entre estos el general Foy, republicano, y el no menos republicano ex-obispo de Blois, Gregoire, que habia formado parte de la famosa Convencion y si no habia contribuido directamente á la ejecucion de Luis XVI habia faltado poco. Esta eleccion era un sarcasmo y un ultraje sangriento dirigidos á los hermanos y á la hija de aquel rey desgraciado y un reto á todo el partido realista. Los realistas se indignaron tanto que no pocos sospecharon si aquella eleccion habria sido efecto de una maniobra hábil y pérfida del mismo partido reaccionario para inflamar á sus adeptos. Apenas reunidas las Cámaras fué el acta de Gregoire la manzana de la discordia entre los partidos; el ministerio quiso aplacar á los realistas pidiendo la declaracion de nulidad del acta con motivo de algunos defectos de forma, pero la derecha indignada no admitió este subterfugio por cobarde y quiso que la exclusion del

diputado electo se fundara en su indignidad para semejarle honor. Finalmente votóse la exclusion, pero sin motivarla, con lo cual el ministerio quedó mal con ambos partidos extremos, acusándole la derecha de cobarde y la izquierda de pastelero.

Todo esto hizo inclinar al mismo Décazes á una inmediata modificacion de la ley electoral, porque aplazándola para despues de las siguientes elecciones parciales, que era de suponer resultaran mas liberales todavía que las que acaba-

ban de verificarse, no habria habido ya mayoría para aprobarla. Los tres ministros Dessolles, Saint-Cyr y Louis no se avinieron á la modificacion y dimitieron el 20 de noviembre, siendo reemplazados por Pasquier, La Tour-Maubourg y Roy, Décazes se encargó de la presidencia; pero antes que acabara de redactarse el proyecto de la nueva ley electoral, ocurrió un suceso que cambió toda la situacion, y fué el asesinato del duque de Berry por el guarnicionero Louvel, al salir del baile de la Ópera, en la noche del 13 de febrero



De un grabado en cobre de J. E. Mansfeld

de 1820. El asesino era un fanático que queria acabar con la dinastía de los Borbones matando al último vástago de la rama principal antes que tuviera sucesion, con lo cual aquella rama quedaria extinguida á la muerte del rey y de su hermano. El ministerio, bajo la primera impresion del suceso, se apresuró á proponer á la cámara la nueva ley electoral, otra ley excepcional para la proteccion de la familia real, y una tercera limitando la libertad de la prensa; pero con esto no consiguió aplacar el furor de los ultra-reaccionarios, que públicamente, en la prensa y en la tribuna, hicieron responsables del crimen al gobierno y al liberalismo, como dijo Carlos Nodier en uno de sus artículos: «Indagais si el arma homicida ha sido un puñal ó una lesna de guarnicionero; yo os lo diré, se llama «idea liberal.» A tanto llegó el furor de los jefes de la reaccion que segun refiere Vitrolles, como tes-

tigo presencial (1), hasta en las habitaciones del conde de Artois se concibió el proyecto de asesinar en caso necesario al mismo presidente del ministerio cuando pasaria por la sala de los guardias de corps.

Décazes, en estas circunstancias, presentó su dimision. El rey de ningun modo queria admitirla, pero finalmente cedió á los ruegos del conde de Artois y de la duquesa de Angulema, que se lo suplicaron de rodillas. Admitiendo la renuncia de su servidor favorito, dió esta satisfaccion á la reaccion desenfundada, diciendo: «Mi papel ha concluido, ya no soy nada.» En efecto, sacrificando á Décazes habia abdicado moralmente, porque desde entonces el verdadero soberano fué el conde de Artois. Chateaubriand explicó en

(1) Vieil-Castel, tomo VIII, pág. 318.